

Enero 2010

Opiniones La pobreza y la corrupción tienen muchas formas de matar: Haití no es coincidencia.

Por Viridiana Rios*

Los terremotos ocurren al azar, las muertes no. Haití no es coincidencia. No, claro que no lo es. Tampoco es coincidencia que en los últimos cincuenta años todos los desastres naturales con más de 50,000 víctimas hayan ocurrido en países pobres. Siempre se escucha de China, India, Pakistán e Irán... Fue en Indonesia, en 2004, donde 227,898 personas murieron en un terremoto. Fue en China, hace dos años, donde 69,195 murieron tan sólo en la región de Chengdu-Lixian-Guangyuan. Nunca es Japón. Nunca son los Estados Unidos.

A los países desarrollados nunca les toca.

Esto no significa que en los países ricos no haya desastres. De hecho, Estados Unidos tiene un promedio de 17 desastres naturales cada año, muchos más que los 10 anuales de China y los 12 anuales de la India. Hay sismos en California, huracanes en Florida, tornados en Kansas. Estados Unidos ha sufrido 6 terremotos iguales o más fuertes que el que azotó Haití en los últimos nueve años. ¿Y cuántos murieron en todos estos terremotos? Dos, sólo dos.

Los desastres naturales en los países desarrollados no van a los encabezados.

En el mismo orden de ideas, los terremotos más fuertes tampoco son siempre los más letales. En septiembre del 2003, un sismo de 8.3 sacudió Japón, dejando saldo blanco. Tres meses después, un terremoto de 6.6 –apenas un séptimo de intensidad en comparación con el primero– mató a 31,000 personas en Irán. “Terremoto Mata Miles”, anunciaba la BBC respecto a Irán. En Japón la nota se titulaba, “Preparados para el grande.”

No es coincidencia que uno de los mejores predictores del número de muertes en un terremoto es el producto interno bruto (PIB) del país donde ocurre el desastre.

Los países desarrollados son la tierra del desastre sin víctimas. Mientras que en promedio una nación con un PIB per cápita de \$2,000 pierde 944 ciudadanos en desastres naturales al año, un país con un PIB de \$14,000 sólo pierde un promedio de 180, según el Dr. Kahn, profesor de la cátedra de economía de Tufts University. Los números son crudos

*Estudiante del doctorado en Gobierno y miembro del Programa en Iniquidad y Política Social en la Universidad de Harvard. Antes de ingresar al doctorado cursó la licenciatura en Ciencia Política en el ITAM. Por favor, dirija sus comentarios a vrrios@fas.harvard.edu.

como la pobreza. Un aumento del 10% en el PIB de una nación reduce en 5.3% el número de víctimas. En Estados Unidos, el promedio de víctimas fatales en terremotos desde 1980 es de un habitante por millón en cada terremoto; en la India, de 2,294.

La pobreza le pone la mesa a la tragedia. Con servicios de salud menos desarrollados, los países en vías de desarrollo enfrentan mayores problemas para responder adecuadamente a los desastres. Con un sistema de educación más precario, carecen de información sobre qué debe hacerse en caso de emergencia. No invierten en sistemas de previsión y alerta porque no pueden. Sus habitantes viven en zonas precarias, en predios tomados ilegalmente o en construcciones frágiles.

Sin embargo, no es la pobreza la principal asesina, es la corrupción. Los países pobres, con democracias generalmente más inestables e instituciones menos desarrolladas, tienen gobiernos más rapaces. Las licencias de construcción se otorgan sin cumplir las regulaciones. Nadie se da cuenta hasta que la mitad de la ciudad se viene abajo.

México, 1985. ¿Quién aceptó la construcción de edificios altos en la zona del valle? ¿Cuántos de los —oficialmente— 9,500 muertos del sismo se hubieran salvado de no haber sido por la corrupción de nuestro gobierno? ¿Cuántas personas estarían hoy con nosotros, viendo crecer a sus nietos, yendo a las bodas de sus hijos y celebrando navidades?

Y a todo esto me viene a la mente mi vecina Susana...

Cuando era chica, cada vez que temblaba se repetía la misma escena. Está temblando, gritaba mi mamá y todos salíamos despavoridos: mi hermana menor, mi papá, yo e incluso mis mascotas, las tortugas, que salían en mi mano. No fuera a ser que el departamento se nos viniera encima. Enrique, mi vecino del cuarto piso (y entrañable rival de Nintendo), nunca salía. Se quedaba allá arriba, viendo cómo las paredes se cuarteaban y la lámpara se movía tantito. Si te toca, te toca, decía su mamá Susana.

Desafortunadamente, Susana estaba equivocada. No nos toca al azar. Siempre le toca más al pobre. Siempre le toca más a los que viven en las casas de interés social, a los que ocupan predios ilegales, a los de las viviendas de cartón, a los de las ciudades perdidas.

La pobreza y la corrupción tienen muchas formas de matar. El desastre es tan sólo una de ellas, y Haití no es una coincidencia.